

www.puntodelectura.com

JUAN CARLOS ONETTI

La muerte y la niña

punto de lectura



Juan Carlos Onetti (Montevideo, 1909-Madrid, 1994) fue uno de los mejores exponentes de las letras hispánicas del siglo xx. Autor de relatos y novelas, a su primera etapa se deben obras tan importantes como *El pozo* (1939), *Tierra de nadie* (1941), *Para esta noche* (1943) o *La vida breve* (1950). Desde la publicación de esta última, comenzó a situar todas sus obras en Santa María, universo imaginario a través del que sentó escuela en la narrativa latinoamericana. *Los adioses* (1953), *El astillero* (1961) o *Juntacadáveres* (1964) son buena muestra de su madurez y altísima calidad literaria. Exiliado en España desde mediados de los años setenta, obtuvo el prestigioso Premio Cervantes en 1980 y el reconocimiento de su país, una vez éste recobró la democracia, con el Gran Premio Nacional de Literatura en 1985.

JUAN CARLOS ONETTI

La muerte y la niña

Título: La muerte y la niña

© 1973, Juan Carlos Onetti

© Herederos de Juan Carlos Onetti

© Santillana Ediciones Generales, S. L.

© De esta edición: enero 2008, Punto de Lectura, S.L.

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España) www.puntodelectura.com

ISBN: 978-84-663-2078-8

Depósito legal: B-51.621-2007

Impreso en España — Printed in Spain

Diseño de portada: Jesús Acevedo

Fotografía de portada: © Sábat

Diseño de colección: Punto de Lectura

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Para María Rosa Oliver

CAPÍTULO PRIMERO

El médico se echó hacia atrás y estuvo un rato golpeando el recetario ya inútil —muerto por el ocio, la vejez y la riqueza no buscada— con el cabo de su lapicera verde.

Pensaba, un instante, en sí mismo; pensaba, mirando la cara ascética del visitante imprevisto, imprevisible, el enfermo sano y bien vestido, rígido en su asiento luego de la confesión.

«De modo que no hay nada que hacer», reflexionó con dulzura. «De modo que este hijo de una gran perra y de los clásicos siete chorros de semen de también siete perros desconocidos nos va metiendo a todos, uno tras otro y con una prisa menor que un año bisiesto, nos va metiendo en su bolsa. Camina desgano contando al mundo su futuro crimen, asesinato, homicidio, uxoricidio (alguna de esas palabras cuando el Destacamento de Policía se acuerda de mí, cuando necesita al médico forense); se pasea por estos restos de Santa María con una carta colgada que

apenas le roza el lomo, porque su andar es de malicia y lentitud, un cartel que anuncia en gris y en rojo: Yo mataré. Con esto le basta. Es sincero, no puede decir que deseó la mujer del prójimo porque estaría mintiendo. Su único prójimo es él mismo. Y así, nos va convirtiendo a todos en sus testigos de cargo y descargo: el obispo y Jesucristo, Galeno Galinei y yo, Santa María entera. Y es posible que noche a noche, llorando y de rodillas, rece a Padre Brausen que estás en la Nada para hacerlo cómplice obligado, para enredarlo en su trama, sin necesidad verdadera, por un oscuro deseo de remate artístico.»

—Eso es todo, doctor —dijo el visitante con su voz acostumbrada a la resignación; agregó—: ¿Qué puedo hacer? —Díaz Grey soltó la lapicera y estuvo mirando en silencio la trampa, la hipocresía, la dureza oculta, la congénita astucia.

—¿Y ella? —preguntó como si creyera estar ganando tiempo, un tiempo intemporal y absolutamente inútil.

—No entiendo, doctor. —Largo, aún sentado, con las ropas caras y oscuras, con su escaso pelo rubio aplastado, todavía buen mozo pero agresivo e innoble como su dura nariz, que parecía siempre recién alzada de dos páginas de las

enormes biblias amarillentas, traídas a la colonia suiza por los primeros inmigrantes.

—Quiero decir. Si ella sabe. Si los médicos le dijeron, como a usted, que otro parto significaría un peligro de muerte.

—Sí, lo sabe. Se lo han dicho aquí y en la Capital. Se lo dijeron en Europa, el año pasado. Pero no le hablaron de peligro de muerte. Le aseguraron la muerte.

Cada vez, a cada frase, más certero y resuelto a convencer. Trepando en su confesión de crimen, anticipándolo casi con regocijo, fatalista en todo caso, tan candorosamente habitado por la desesperación.

—Un dato —pidió Díaz Grey—. El hijo primero, único, supongo, ¿cuándo nació?, ¿qué edad tiene?

—Un año, trece meses.

—Y desde entonces, desde el nacimiento y la saludable cuarentena...

—Desde entonces sufrimos. Nos miramos, nos comemos los nudillos, rezamos y lloramos.

—Pero ella —dijo Díaz Grey sin ganas, como si hablara con un adolescente que se burlaba de él—, ella puede ayudarlo. Puede eso que llaman tomar medidas, puede, también, negarse.

El cliente movió la cabeza, paciente, incomprendido, fatigado por la incompreensión.

—Ella sabe, como yo, que toda previsión sería pecado mortal. Y —alzó la cabeza sin orgullo— tampoco se negaría. El conflicto, repito, es sólo mío. Por eso le pedí esta entrevista.

No sólo por eso, hijo de perra; hay un espanto detrás, hay un cálculo. Se sentía más débil que su visitante, empezaba a odiarlo con franqueza. Con lentitud deliberada y sin propósito notable fue desabrochando los botones de su túnica, ajada, sin sentido, que continuaba usando por rutina y homenaje.

—Bueno —pronunció indiferente, como si hablara de aspirinas y tónicos—, se trata de usted, escribano, exclusivamente de usted: que la quiere y la desea y cada día más, más a medida que el amor va llenando su corazón y el semen la vesícula; usted que no puede alquilar una prostituta porque eso significaría pecar contra Brausen; que no puede derramar su semilla en la sábana, que no puede masturbarse, que no tiene salvación, aparte de matarla.

La cara flaca del hombre bien vestido pareció contar en silencio y quietud mientras Díaz Grey hablaba. Luego se movió para asentir.

La túnica estaba abierta, el médico la separó de sus hombros.

—Como usted, no soy partidario de matarla. Si no hay otro camino, destrúyase y yo espero ayudarlo. No le hablo de una destrucción total porque también eso sería pecado mortal. Y Brausen no perdona las deserciones. Lo sé, en esto estamos de acuerdo. Se trataría, entonces, de recetarle duchas heladas matinales, bromuro y alcanfor, caminatas diarias de dos o tres horas, ayunos de viernes santo como único régimen de comida. Se trataría de lograr su impotencia muchos años antes del natural climaterio. Es triste, comprendo. Yacer junto a la esposa amada sin esperanza de que el deseo inmortal pueda satisfacerse. Pero, así, el deseo morirá antes que ella, y usted quedará liberado de los demonios y del remordimiento.

Ahora el hombre bien peinado sonreía apenas, pequeños dientes blancos sumergidos en una broma de la que sólo él conocía la clave.

—Acepto —dijo sin emoción—, ensayaré todo lo que ordene su receta. —Y añadió suavemente—: Doctor.

Díaz Grey tomó con dos dedos la túnica y la hizo deslizar desde el respaldo del sillón hasta la alfombra de grandes flores pisoteadas y marchitas.

—No —dijo—. La receta no; no quiero escribirla ni dársela. Con esto basta, confío en su memoria. Y, sobre todo, creo en su inteligencia. Creo en ella y no me siento feliz. Por otra parte, su cura confesor tampoco le escribe certificados.

Estaba seguro de haber hablado en tono definitivo, tanto, casi, como si hubiera empujado al otro fuera de la habitación. Pero el hombre largo, delgado y rubio, planchado, brillante, también se había puesto de pie y recitó con mesura, los ojos entornados:

—Tampoco él, claro. No ando buscando documentos. Me basta con hacerme escuchar.

—Está claro, comprendo. Ya lo escuchó el señor obispo coadjutor o como se llame hoy. Para mí sigue llamándose el padre Bergner. Ahora me toca a mí. Y es seguro que, por lo menos, todos los habitantes mayores de edad de la Colonia conocen el prólogo que acabo de oírle.

—Puede ser —dijo el cliente—. Pero sólo hablé de esto con el señor obispo y con usted. Con el obispo, es cierto, no lo hice en plan de confesión. Pero lo conozco desde la infancia (la mía, naturalmente) y estoy seguro de su discreción, como estoy seguro de la suya.

Por primera vez en la entrevista —aunque Díaz Grey no pudiera afirmar, después, que se tratara realmente de la primera vez— el hombre dejó resbalar una sonrisa cínica y casi divertida. El hombre dijo:

—Ni el padre Bergner ni usted. Pero no es imposible que ella, tan desesperada como yo, y además mujer, haya hablado con amigas o parientes. Las mujeres, es distinto. Creen, como los enfermos crónicos, usted lo sabe mejor que yo, que si divulgan sus problemas van obteniendo una ayuda, o por lo menos un apoyo, a cambio de cada confianza. Por ahora hemos decidido un aplazamiento. Puede llamarlo solución temporal. Tal vez el Señor quiera ayudarnos. Pienso ir unos meses a la Capital y a Chile, asistir a unos cursos. Yo solo, naturalmente.

Díaz Grey no podía contradecirlo. Movi6 lentamente la cabeza afirmando su convicción de quedar acorralado, espaldas y pared, por una trampa, una sutileza mayor, un presentimiento indefinible, grumoso y repelente.

El hombre también salud6 cabeceando. Y, a pesar de todo lo escrito, alguien hubiera podido decir que en el fondo se apartaron Unidos y cordiales.

CAPÍTULO SEGUNDO

Díaz Grey conocía a la mujer condenada —Helga Hauser— y la examinó tres veces, un año antes, dos con la presencia muda del marido que exageraba la voluntad de no enterarse, la otra sin anuncio y casi furtiva. En ésta el médico recitó el diagnóstico, la prevención. Palpó con cacho, desagrado e incomprensión a la mujer abierta en la camilla.

—No entiendo. Si ya se lo dijeron en la Capital y en Europa. Para mí es seguro, indudable, sin posibilidad de errores. No entiendo por qué consulta a un médico ínfimo, a un sanmariano que ni siquiera es ginecólogo.

—No sé —murmuró ella mientras se vestía—. Una esperanza. Una preferencia por morir aquí.

Después de pagar rió un momento y se burlaba.

—Tal vez quiera complicarlo. No sé.

El amor se había ido de la vida de Díaz Grey y a veces, haciendo solitarios o jugando a solas al

ajedrez, pensaba confuso si alguna vez lo había tenido de verdad.

A pesar de la hija ausente, sólo conocida por malas fotografías, que ahora, fatalmente, estaba bamboleándose en la dichosa sucia adolescencia y cuyo nacimiento no podía prescindir de un prólogo. Adolescencia con errores y mugre, iluminada siempre por la creencia en la eternidad de las vivencias, una fe inconsciente que irían carcomiendo las inevitables estaciones.

Todos los jueves, salvo la luna, tenía en el crepúsculo una mujer en la camilla chirriante o en la alfombra inapropiadamente espesa y que mezclaba decenas de olores indefinibles, o por lo menos era indefinible su conjunto.

La condenada había estado más de un año atrás. El proclamado asesino, un día antes.

Las mujeres no le importaban de verdad: eran personas. Almorzó hambriento y se tiró vestido en la cama.

Por el movimiento del sol, Díaz Grey podría haberse supuesto más de una hora atrapado en la meditación que le llegó en lugar de la siesta perdida y la dispepsia habitual. No se acordaba del visitante asesino ni del futuro que prometía su impasible confesión. No recordaba para sí,

para nadie, ni para un imposible bichicome que vagara o durmiera en la playa cercana.

Dudaba, desinteresado, de sus años. Brausen puede haberme hecho nacer en Santa María con treinta o cuarenta años de pasado inexplicable, ignorado para siempre. Está obligado, por respeto a las grandes tradiciones que desea imitar, a irme matando, célula a célula, síntoma a síntoma.

Pero también tiene que seguir el monótono ejemplo de los innumerables demiurgos anteriores y ordenar vida y reproducción. Así que vinieron los desvanecidos adolescentes, sus noviazgos y apareamientos, los partos abrumadores que tuve que atender; y así vinieron las muchachas, sus adjetivos, sus perfiles, sus cabellos, sus duros senos y nalgas. Vinieron y están, siempre ausentes, risueñas o melancólicas.

(Aquel momento verdadero en que uno de los amantes, casi nunca la mujer porque se sabe, y es cierto, inmortal, celosamente repetida desde el principio y hacia el infinito. Aquel pasajero, rápidamente olvidado momento en que uno de los dos logra ver, sin propósito, con un adelgazado deseo de pedir perdón, excusarse, bajo la piel de la cara ajena, brillantada por el amor o el vino, a través de la piel de la cara que se quiere.

Cuando uno de ellos tropieza con, traspasa sin desearlo la piel tan lastimosamente indefensa, tensa o blanda de la cara del otro. Y ve durante un segundo, adivina y mide la dureza y la audacia de los huesos, el candor de los pómulos, la fragilidad o el inútil grasoso atrevimiento del mentón. Cuando uno de los amantes sospecha —una chispa y el olvido— la calavera futura y ya puesta en el mundo, en su vida, del otro amante.)

Ellas siempre lejanas e intocables, apartadas de mí por la disparidad de los treinta o cuarenta años que me impuso Juan María Brausen, maldita sea su alma que ojalá se abraza durante uno o dos pares de eternidades en el infierno adecuado que ya tiene pronto para él un Brausen más alto, un poco más verdadero.

CAPÍTULO TERCERO

Augusto Goerdel había sido engendrado en la Colonia suiza o ya venía dentro del vientre de la madre durante el largo viaje de nuestra bamboleante *Flor de Mayo*. De todos modos, nació aquí, en la Colonia recién fundada. Si se puede llamar fundación a un reparto caprichoso y asimétrico de baúles, a demarcaciones con palos verdes, a una búsqueda metódica de bosta y tierra para hacer ladrillos.

La tierra era fácil; a veinte metros de la costa, atravesada y escarbada la arena, encontraban tierra rojiza y húmeda que extendían bajo el sol y el aire después de arrastrada hasta el misterio de lo que condenaban a colonia y asiento. Para el estiércol, distribuían durante el día patrullas de niños que ya sabían moverse indiferentes, alertados para relinchos y mugidos. Luego, el robo nocturno, las grandes bolsas oliendo a establo y abrigo. Más luego, en mañanas consagradas, los grandes fuegos separados, la cocción lenta, el

miedo a las repentinas lluvias y nieblas, el miedo al desmenuzamiento y la fragilidad.

Si se puede llamar fundación a un sufrimiento diario, que no podía ser medido por horas, para apilar los ladrillos, alzar paredes, enramar techos, hasta el descanso bestial del exhausto que cree tener casa y logra un domingo de paz y agradecimiento, arrodillado sobre la enorme, casi inmanejable biblia con tapas negras frente al tembloroso cerco de voces latinas dichas por un cura que salió de cualquier parte porque era imprescindible.

Y después, para Santa María y para mí el desconcierto. No se sabe, ni importa, cuántos meses o arias pasaron —ayudados, empujados sin piedad para ellos mismos ni para nadie— hasta que las rubias, severas ratas desembarcadas con menos esperanza que rabia suicida, fueran ricas y engordadas, dominaran la ciudad fundada por Nuestro Señor Brausen sin necesidad de mostrarlo. Tal vez les repugnara la evidencia. Eran oblicuos, eran indirectos, eran pudorosos.

Que el tiempo no existe por sí mismo es demostrable; es hijo del movimiento y si éste dejara de moverse no tendríamos tiempo ni desgaste ni principios ni finales. En literatura Tiempo se escribe siempre con mayúscula.

Nadie puede negar probables coincidencias en las visitas del entonces padre Bergner y del inevitable doctor Díaz Grey a la Colonia suiza. Uno estaba comprometiendo a Dios con un bautizo, con un casamiento de novios previamente endurecidos para el trípode de Orloff, príncipe o gran duque, artista fotográfico, o con un capricho de muerte, hijo de un viejo sofisma aceptado sin pelea, a veces también endurecido, otras en vísperas; el otro, Díaz Grey, entablillando una pierna rota o pinchando una hidropesía.

Repito que pudieron coincidir muchas veces y que, en alguna de ellas, por qué no, estuvieron juntos en la casa de los Goerdel.

Los veo saludándose con la corta efusión que corresponde a dos enemigos que hubieran preferido no serlo, con el respeto profundo y frío de los pares.

No importa qué recetó el médico para el resfrío de Augusto Goerdel, que tenía once años de edad en el tiempo de la coincidencia supuesta. Esto puede rastrearse, si importara, en los libros de Barthé, boticario, concejal y nuevamente boticario. Lo que importa es ignorar para siempre —y aquí hay una especie de felicidad— qué conversó, qué supo, qué dedujo el padre Bergner en

la posible visita que, se nos antoja, fue crepuscular, lenta y tranquila. Porque, no debe olvidarse nunca, los padres de Bergner también llegaron en nuestra *Flor de Mayo* a la costa de Santa María, por voluntad de Brausen. Hermanado con los Goerdel por la semejanza de la historia, también por el lenguaje y, sobre todo, por el estilo en que lo hacían coloquial.

Muy importante porque las visitas del Padre se hicieron frecuentes y menos de un año después Augusto Goerdel pasó a Santa María para continuar estudiando en la catedral, con una beca muy pobre y exacta para los planes de Bergner.

Porque el Padre simuló estar fabricando un cura, sabiendo siempre que no era ése el destino ni la utilidad de Augusto Goerdel; pensaba más lejos. Mucho más lejos que el Capítulo de la Iglesia, laicos y tonsurados, que se reunía y creía resolver, una vez por quincena, en la austeridad del refectorio alargado en su deliberada penumbra.

Bergner no pertenecía a la orden de los jesuitas; desconfiaba de ellos y los admiraba. Pero les había oído decir, y más de una vez: denos su hijo y se lo devolveremos con un título bajo el brazo.

Estudió calmoso a su falso futuro sacerdote. Si la inspiración, el proyecto, procedían real-

mente de Brausen y no eran trampas del demonio, el tiempo no contaba. Supo que el muchacho era inteligente, que había nacido implacable por la ambición y la necesidad germana del triunfo, de la revancha. Cualquiera fuese su destino, ahora, con Bergner o sin él, no volvería nunca a la miseria de su casa en la Colonia; no aceptaría ya el futuro previsible y campesino de criador de animales y destripaterrones.

Una resolución que Bergner fortalecía, hábil y distraído. Fue la suya, A. M. D. G., aunque rechazara con violencia las iniciales, una paciente tarea de refinamiento y corrupción. Del muchacho tosco, del estudiante y monaguillo, tenía que nacer su instrumento, su fanático servidor de la Iglesia.

Supo que el inmaduro Goerdel, caído en sus manos, era ambicioso, fino en la mentira y en sus cautas retracciones, duro tras la sonrisa infantil, sabedor por instinto de aquellos futuros, probables útiles, que debía adular sin exceso, indiferente, sin grosería con los que no valdría la pena cultivar.

Supo además y desde el principio que el instrumento y el fanático serían suyos mientras la Iglesia le permitiera medrar y crecer.

Sin palabras, por lo menos hasta la aproximación del adiós hipócrita, también supo Bergner que no se había equivocado, que su elección fue buena y que no pudo ser mejor. Lo fue confirmando en los días y en los años: Augusto Goerdel era lo más adecuado a su propósito entre todos los habitantes de Santa María y la Colonia; y la educación y la disciplina de la Iglesia, lo mejor para la paciente y resuelta voluntad de triunfo del niño, adolescente, adulto. Bergner creyó en la inspiración divina; Goerdel creyó en la oportunidad y la buena suerte.

Bergner persistió feliz hasta la separación, hasta su muerte. Pero mucho antes fue necesaria la gran farsa mutua.

O, mejor, el final de la farsa iniciada diez años antes por Bergner y sospechada, seguida implícitamente por el niño enfermo en el catre de su habitación en la casucha de la Colonia, que sabía llorar en silencio, boca arriba, descubriendo en el techo quinchado las arañas inmóviles del miedo y del misterio.

En el primer encuentro, el muchacho, solo o ayudado por su madre, acertó a enredar las manos en un rosario; mover los dedos con una desesperanza delicada que bordeaba con lejanía y desconuelo la súplica nunca dicha.

Un par de años después, ya en el ala de la iglesia que habían bautizado Seminario aunque el único seminarista fuera Augusto Goerdel, Bergner sonrió entre las sombras a una escena semejante y perfeccionada.

Desde la siempre pobre habitación del adolescente —que sólo disponía de estampas de santas y vírgenes varias para cumplir el rito del prólogo que le traería el sueño— se alargaba un pasillo de baldosas siempre frías hasta la escalera en caracol que se retorció bajando hacia el templo, las misas, las confesiones.

La segunda escena fue contemplada por un Bergner escondido y cauteloso, despertado en la madrugada por un ruido de puerta que abre y cierra. Un ruido deliberado, pensó sin aprensiones y curioso. Salió de su dormitorio, descalzo y lento como el ladrón que llegaría por la noche.

En el pasillo, siempre oloroso a humedad y ausencia, incrustado en el muro, apenas iluminado por una fosforescencia verdosa, protegido por la ayuda ambivalente de un vidrio, había un sangrante Jesucristo de cera clavado en la cruz. Bajo la luz de luciérnagas también podía leerse un poema de autor anónimo. Cuatro líneas sobre un papel ocre y ondulado:

Tú que pasas miramé.
Ay, hijo, qué mal me pagas.
Cuenta si puedes mis llagas,
la sangre que derramé.

Y allí, en camisón y arrodillado, golpeándose el pecho para acompañar el llanto, Augusto Goerdel.

«Debe hacerlo todas las madrugadas», pensó Bergner; «sudoroso o helado, tenaz y puntual, apostando sobre la ley de probabilidades, seguro de que alguna vez tendré que verlo, sorprenderlo en su pieza de bravura y creer en él. Mi pobre idiota hipócrita, mi hermano.»